

En la mitad inferior de esta fotografía, vemos una beluga blanca con su costado derecho hacia la cámara, sumergida en el agua.

Su cuerpo pálido está bajo el agua, mientras su boca abierta, su pronunciada frente y su morro sobresalen de la superficie en el centro del encuadre.

El hocico del cetáceo está en contacto con la cabeza de un pescador barbudo con un gorro de lana y un jersey que se inclina por la borda del barco para presionar levemente su frente contra el morro de la beluga.

En el agua, el ojo oscuro del animal mira hacia arriba y se encuentra con los del pescador.

El hombre sonrío a la ballena, que, mostrando sus pequeños dientes, parece sonreírle de vuelta.

Detrás de ambos, en el fondo, las profundas aguas azules dan paso a unas colinas verdes bajo un encapotado cielo noruego.

Hice esta foto con una Canon 5D Mark IV el 10 de septiembre de 2020 a las 15:36.

Inmortaliza la curiosa historia de Hvaldimir, la mundialmente conocida beluga, y el inesperado vínculo que forjó con alguien que otrora fue ballenero.

El relato se remonta a 2019, cuando el hombre de la foto, Joar Hesten, estaba pescando en las inmediaciones de Hammerfest, al norte de Noruega, con su padre y su hermano.

Entre los barcos, avistaron una gran sombra fantasmagórica nadando bajo la superficie del agua.

Aunque los pescadores están acostumbrados a ver ballenas en estas aguas, nunca habían visto una beluga por la zona.

Normalmente, habría que viajar más de 800 km hasta Svalbard para encontrarlas en aguas noruegas.

Mientras Joar y compañía observaba a la beluga pasar junto a las diversas embarcaciones, los marineros se percataron de algo que envolvía su muscular cuerpo blanco.

Todos creían que se trataba de una red de pesca hasta que el padre de Joar gritó: «¡es un arnés!». A pesar de haber sido ballenero tiempo atrás, Joar tuvo el impulso de ayudar al animal.

Si no liberaban a la beluga del arnés, podría hincarse en su delicada carne y causarle un sufrimiento indecible, o incluso la muerte.

«Me voy a tirar al agua», le dijo Joar a su padre.

Aprovechando lo aprendido en la caza de ballenas, Joar estaba decidido a salvar a este ejemplar.

Con la ayuda de las autoridades costeras, se enfundó un traje de supervivencia y se sumergió en las frías aguas del mar de Noruega.

Tras varios intentos, Joar y dos guardacostas lograron quitarle el arnés.

En él se leían las palabras: «Equipment St. Petersburg» (Equipo de San Petersburgo).

Por ello, la beluga acabaría recibiendo el apodo de Hvaldimir.

En los meses venideros, Hvaldimir recorrió la costa norte de Noruega visitando puertos y buscando a las personas.

Se dedicaba a recuperar teléfonos caídos al agua y jugar a recoger objetos con ellas.

Esto lo convirtió en un fenómeno global.

De repente, el mundo empezó a hablar de Hvaldimir en las redes sociales, en las noticias... en todas partes.

Y, con la atención, llegaron las teorías.

Hay quien pensaba que vino de un acuario.

Muchos otros insisten en que su peculiar arnés y su interés por botes, puertos y humanos delataba algo más inquietante: que Hvaldimir era un espía.

Fuera cual fuera su origen, Hvaldimir parecía disfrutar de la atención.

Joar, en cambio, no tanto...

Tras la temporada de pesca, se mudó a su hogar a 1000 km al sur, en Lødingen.

Al ser fotoperiodista y fotógrafo subacuático, mucha gente creía que esta sería la historia ideal para mí.

Pero no me gusta cubrir historias que ya están cubriendo otros; y jamás me dedicaría a perseguir a un animal por el océano.

En el verano de 2020, estaba en mi casa, en Lofoten, justo al sur del pueblo de Joar.

Recibí la visita del científico y submarinista francés Fabrice Schnoller,

quien me contó que Hvaldimir había recorrido miles de kilómetros en dirección sur hasta asentarse en el fiordo en que Joar vivía ahora.

Se podría decir que esta peculiar beluga había seguido a su salvador a lo largo de 1000 km de costa.

De nuevo unidos, Joar empezó a ayudar a Hvaldimir.

Esa sí que era una historia que quería documentar.

Les hablé a mis editores del asunto y, junto al redactor Nils Anker, fui a conocer a Joar y Fabrice en Ballangen.

La vida de Hvaldimir no era de cuento de hadas.

Nadaba de piscifactoría en piscifactoría alimentándose de los carboneros que rapiñaban las sobras que caían de las jaulas de salmones.

Y, mientras que estas granjas marinas le ofrecían la comida y el contacto humano que necesitaba, había sobrevivido a brutales cortes y heridas de las hélices de los barcos.

Ahora, Joar lo visitaba en las piscifactorías cuando podía, y yo quería documentar esa relación tan especial.

Sabía que no sería fácil.

Hvaldimir no se comportaba como una ballena, ni estaba en un hábitat idóneo para su especie.

Al principio, al meterme en el agua, Hvaldimir nadaba hacia mi cara.

Su piel era lisa, fría y suave.

Pero tras esa suavidad había mucha fuerza.

Se mostraba avasallante, casi agresivo, y no paraba de abrir la boca en torno a la cámara y mi cabeza.

Su lengua era como una lija.

Me hacía el trabajo imposible.

Teníamos que volver constantemente al barco, a lo que él respondía enfurruñándose en el agua cual adolescente.

Poco a poco, fui estudiando y fotografiando su rutina diaria.

Le hacía fotos bajo el agua y a distancia.

Conocí al animal de aspecto amable bailando bajo la superficie, durmiendo, despertando y persiguiendo barcos.

También hice tomas de Joar interactuando con la ballena, tomadas desde la superficie.

Pero no había conseguido combinar ambos mundos en una sola imagen.

Cada vez que Hvaldimir se entusiasmaba demasiado, nos veíamos obligados a volver al bote.

Esta vez vi las manos de Joar adentrarse en el agua desde la superficie.

Hvaldimir siempre sabía identificar las manos de Joar.

Aceptándolas, la beluga inclinó su gran cabeza y presionó su suave y fría piel contra las fuertes y curtidas manos.

Con la respiración contenida, pude apreciar claramente como Hvaldimir adoraba la atención de Joar.

Fascinado, contemplé cómo el pescador acercaba su cuerpo a la superficie.

Hvaldimir hizo lo mismo.

Su cabeza empujó las manos de Joar fuera del agua a medida que su gran morro emergía.

Joar intuyó que Hvaldimir quería más, así que se inclinó más allá de la barandilla, alargando el cuello para tocar con su cabeza la de la beluga.

El gorro de lana del pescador entró en contacto con el hocico de la ballena.

Ambos abrieron la boca, tocando sus caras sonrientes la una contra la otra.

Bajo la superficie, la mirada de Hvaldimir demostraba su afecto.

Entonces pensé: «¡Por favor, que salga la foto nítida!». Estaba en dos mundos a la vez, con el objetivo medio sumergido en el agua; la mitad por encima y la mitad por debajo de la superficie.

Y salió nítida.

Puede que la composición no sea perfecta, pero la emoción que logró captar es palpable.

Jamás olvidaré ese momento, porque muestra a dos criaturas de mundos diferentes conectando en un punto intermedio con amor.